

Contexto, compromiso, contestación. *Contorno*: situación en el mundo intelectual

Marcela Croce

Publicado en: Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson (directoras), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

Herencias, lecturas y decepciones

Un período acotado --apenas seis años--, una cantidad de números que parece irrisoria y que en parte contribuye a la leyenda --diez en total, entre los primeros simples y los últimos dobles--, una atención inusual por parte de la crítica que no vaciló en concederle dimensiones mitológicas y en atribuirle fundaciones metodológicas, un breve apéndice de dos *Cuadernos* y la hegemonía de los hermanos Viñas --Ismael y David-- son los datos de inmediata corroboración. Una tendencia crítica resistente a lo académico --pese a la procedencia universitaria de sus miembros, impulsores del Centro de Estudiantes de una Facultad ahora centenaria que había sido fundada como reducto elitista--, la adhesión a una izquierda que denuncia los totalitarismos y revisa el marxismo desde una perspectiva nacional, la propuesta de un análisis de los hechos culturales que responda a la voluntad de la figura más visible de la "resistencia" francesa --Jean-Paul Sartre-- de conjugar política y humildades y una escritura que desechaba la retórica de los claustros y se preocupaba por definir un lenguaje propio en el que la polémica fuera tan válida como el análisis y en el que los juicios de valor no se diluyeran en sosegadas descripciones sino en gestos violentos, son los atributos más originales de *Contorno*.

Entre 1953 y 1959, un grupo de intelectuales jóvenes comenzó a reunirse en el estudio jurídico de Ismael Viñas en Diagonal Norte, a pocas cuadras del punto de encuentro que habían establecido al iniciar sus estudios en Viamonte y San Martín. En esa improvisada redacción confluyen Ramón Alcalde, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Juan José Sebreli, Ade-

laida Gigli --compañera de David Viñas--, Noé Jitrik y Oscar Masotta. Más alejados de este núcleo, Francisco J. Solero y Rodolfo Kusch, reclutados por David en un proyecto de revista clausurado abruptamente en ese mismo 1953: *Las Ciento y Una*, bajo la dirección de Héctor A. Murena. El título sarmientino parecía anunciar el distanciamiento entre Viñas y Murena y la bifurcación que le seguiría: mientras David le daba nombre a *Contorno*, Murena nutría las páginas de *Sur*, donde la propuesta americanizante de los comienzos --regida por los consejos epistolares de Waldo Frank-- viraba hacia Norteamérica cuando, después de un recorrido por las letras europeas, concluía la Segunda Guerra Mundial.

La paradoja del "manifiesto" de *Contorno*, donde Sebrelí indaga los parentescos entre el grupo de los años '50 y el modelo vanguardista de los '20 bajo el título de "Los martinfierristas, su tiempo y el nuestro", vaticina en cierta manera las modificaciones que impregnan a la publicación. La enunciación categórica es más analítica que programática y se preocupa más por condenar la pretensión de *Martín Fierro* que por darle resonancias efectivas en *Contorno*. La lateralidad de Sebrelí en los números siguientes reclama una revisión de estos principios, como así también de los subgrupos en los que las tendencias individuales los ubican.

Jorge Warley y Carlos Mangone (1) establecen una serie de reuniones de las cuales la más firme parece ser la que integran los dos Viñas, Alcalde y Prieto, a la que habría que agregar a Adelaida Gigli. Sin embargo, también en esta agrupación hay diferencias bastante marcadas entre los miembros.

Ismael Viñas coincidirá casi en exclusividad con su hermano en los análisis histórico-políticos. David se respalda en ellos para la formulación de una historia de la literatura argentina --que, partiendo de los artículos difundidos en *Contorno*, se extiende a los libros de crítica que publica en los años '60 y '70-- que se revela como una historia política de la Argentina cumplida a partir de textos literarios.

El caso de Prieto es el más proclive a una orientación crítica donde la polémica pretende fundamentarse desde la academia: la primera verificación de esa insistencia la ofrece su libro sobre Borges (2) y posteriormente su labor en la sede rosarina de la Universidad Nacional del Litoral, donde se dedica tanto a la revisión de la práctica crítica dirigiendo la encuesta *La crítica literaria en la Argentina* (1963) como a la revisión histórica en el seminario *Proyecciones del rosismo en la literatura argentina* (1959). Si en este trabajo coincide con David Viñas en que "la literatura argentina empieza con Rosas" (3), en el libro

sobre Borges discrepa con todos sus compañeros, ninguno de los cuales suscribe que Borges sea un autor de "evasión" ni promueve su condena intelectual por no producir una "literatura social". Menos aún cuando Sartre, esa guía intelectual permanente de los contornistas, publica en *Les Temps Modernes* los relatos de *Ficciones* y *El Aleph*.

Ramón Alcalde se dedica a la enseñanza de las lenguas clásicas tras su paso por el seminario jesuita de San Miguel, y luego se asocia a las preocupaciones históricas operando como secretario de redacción de la revista *Imago Mundi* dirigida por José Luis Romero en los últimos años del gobierno peronista. También Ismael Viñas será secretario de Romero pero ya no en una revista sino durante la intervención a la Universidad de Buenos Aires en 1956. Antes de finalizar la década, Alcalde será ministro de Educación del gobernador Silvestre Begnis en Santa Fe, ya con Arturo Frondizi en la presidencia de la Nación.

A Solero y Kusch, colaboradores simultáneos de *Sur* y *Contorno*, Warley y Mangone los identifican como introductores de los postulados de Ezequiel Martínez Estrada en la revista de los jóvenes críticos. Sin embargo, los contornistas reivindicarán al autor de *Radiografía de la pampa* más por su actitud denunciante que por sus análisis espectrales y su obsesión de patologías políticas. Esa línea, derivada del proyecto de *Las ciento y una* (que culmina precisamente en textos de Murena y de Kusch, respectivamente *El pecado original de América* y *La seducción de la barbarie*), durará solamente hasta el número dedicado a la novela argentina en 1955, el 5/6.

La agrupación que reúne a Sebrelí, Masotta y Correas es admitida en estos términos por el último de ellos (4), quien lo fundamenta tanto en coincidencias teóricas --la preferencia por la filosofía y en especial por la fenomenología-- como en inclinaciones sexuales heterodoxas, más matizadas en Masotta. Sin embargo, desde esa especie de biografía miserabilista que encara Correas (cuya contribución a la revista es fugaz), Sebrelí insiste en apartarse --seguirá colaborando en *Sur*, como lo hacía desde principios de los '50, y encontrará el corolario más apropiado a esa participación cuando se desempeñe como columnista del diario *La Nación* en los '90.

Masotta, por su parte, cambia sus intereses desde las posiciones políticas dogmáticas que se revelan en un artículo como "*Sur* o el antiperonismo colonialista" hasta la fascinación por las lecturas psicoanalíticas que lo convierten en el introductor de Jacques Lacan en el país y en el fundador de la Escuela Argentina de Psicología.

Si bien estas divisiones internas van adquiriendo cierta importancia propia, ninguna avanza hasta la hegemonía de los Viñas en la dirección de la revista, quienes incluyen a algunos colaboradores de la revista *Centro* editada por los estudiantes de Filosofía y Letras. Al presidente del Centro de Estudiantes en esos años, Jorge Lafforgue, le tocó salir en defensa de Correas cuando *Centro* publicó "La narración de la historia", un relato que fue censurado por la presencia de la homosexualidad y que motivó una causa judicial contra Correas en la que Ismael Viñas fue su patrocinante. En un principio las coincidencias entre *Contorno* y *Centro* llegan en algunos casos a la superposición --o al menos a la indiferenciación: hay artículos que podrían incluirse en cualquiera de ambas revistas--, pero a mediados de los '50, Revolución Libertadora de por medio, se explicita la toma de posición política de sus integrantes hasta llegar a la adhesión a Frondizi, cuya campaña presidencial tiene estribaciones significativas tanto en el Nº 7/8 con la firma de Ramón Alcalde como en el primero de los *Cuadernos de Contorno*, en un texto de Ismael Viñas y en un minucioso análisis de León Rozitchner.

El frondizismo es presentado como única alternativa válida para una izquierda que se define por su combatividad contra el peronismo y contra el liberalismo y por su vocación de denuncia subrayada desde la recuperación parcial de la figura de Martínez Estrada en el número de homenaje de 1954, tras la edición dedicada a Roberto Arlt. La indiferenciación entre el plano político y el cultural que se perfila en estos números es un principio de renovación crítica que se irá convirtiendo en un *leitmotiv* de los estudios sobre *Contorno*. Para verificar el grado en que esta renovación --por momentos declarativa, por momentos irreverente y virulenta-- se produce, dos publicaciones resultan fundamentales: *Les Temps Modernes*, inaugurada en 1945 por Sartre con un discurso memorable, y *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo desde 1931. La revista francesa provee un modelo a los jóvenes contestatarios que hacen de la redacción de *Contorno* un espacio de enunciación de disconformidades y señalamiento de incomodidades.

La figura del "intelectual comprometido" diseñada por Sartre es desplegada de manera permanente en los sucesivos números, con una serie de matices que la asocian a la del profeta denunciante que es Martínez Estrada, a la del porteño angustiado que revela las miserias de la pequeña burguesía que es Arlt y a la del fundador de la literatura argentina que es Echeverría clavando sus ojos estrábicos en los extremos europeo y rioplatense de la cultura.

La revista argentina, por su parte, es el modelo con el cual se impone la ruptura, que no siempre alcanzará niveles tan polémicos como hubiera exigido una intransigencia absoluta, acaso porque Sebrelí se mantenía encabalgado entre las dos publicaciones, tal vez porque *Contorno* no vacila en incorporar aunque sea ocasionalmente a un colaborador de *Sur* como es Aldo Prior, incluso porque en la revista de los jóvenes están Solero y Kusch, quienes no abandonan a Victoria Ocampo sino que, al contrario, incluso convocan para reseñar un libro de Solero al propio David Viñas, inesperado partícipe de las páginas de *Sur*.

El sartrismo de *Contorno* es sobre todo un método para acceder a la literatura más preciso que el que propone el marxismo, verdadera divisoria de aguas confirmada en este carácter por Masotta desde *Centro* cuando dogmatiza que "quien dice filosofía ajena al marxismo dice, en nuestro país, filosofía universitaria". Contra esa universidad de la que se desprenden --y en la cual todavía transitan a mediados de los '50 algunos de ellos-- se rebelan los contornistas. Y dentro de esa rebelión podrían establecerse ciertas etapas.

Algunas, definidas en términos puramente teóricos, incluyen el pasaje del marxismo al existencialismo, verificado en las alternativas del concepto de "comunicación" enfatizado en la mayoría de los artículos previos a la politización exacerbada que se opera a partir del Nº 7/8, y que domina el análisis de Rozitchner sobre Mallea titulado "Comunicación y servidumbre".

Otras etapas se pueden caracterizar según las alternativas políticas del país. En tal sentido, la periodización que le conviene a *Contorno* descarta la sucesión lineal de los números y promueve otro tipo de asociaciones, como las que se producen entre el número inicial y el tercero, o entre los dos primeros números pares, el 2 dedicado a Arlt y el 4 a Martínez Estrada, donde campean las identificaciones, los reconocimientos e indirectamente las dedicatorias. Las condiciones de producción intelectual resultan principios de periodización a partir de los cuales se puede fundamentar el viraje de la revista entre la respuesta a cuestiones culturales más o menos clásicas y la respuesta a situaciones políticas inmediatas.

Si la "comunicación" es uno de los conceptos que permiten caracterizaciones teóricas, no es de manera aislada que lo hace sino apelando a ciertas "cuestiones de método" entre las que sobresalen la totalización y la dialéctica, que indican la adhesión tácita de los intelectuales críticos a un Lukács que aparece poco citado pero evidentemente conocido, y la adhesión explícita a un Sartre que derivará hacia 1960 en la *Crítica de la razón*

dialéctica que se anuncia desde los '40. Inconformismo con método, entonces, que los contornistas verán sin continuación en publicaciones posteriores, que incluso insistirán en la necesidad de ajustar el método: en el caso del cuarteto cordobés reunido en *Pasado y Presente* (1962) --José Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler y Juan Carlos Portantiero-- se trata de la introducción del pensamiento gramsciano a la Argentina, continuando y acentuando la línea abierta por Héctor Agosti con la traducción de los ***Cuadernos de la cárcel***, a riesgo de ser exonerado del Partido Comunista como lo será Aricó; en el caso de *Los Libros* (1969), la revista conducida por Schmucler dará paso a la crítica psicoanalítica hasta el desborde político a partir de 1971, cuando los números comienzan a organizarse en torno a algún país --preferentemente latinoamericano-- donde la revolución es posible.

Acaso esa segunda etapa de *Los Libros* esté más vinculada con la orientación final de *Contorno*: porque es posible pensar que, después del Nº 7/8 dedicado al peronismo y del Nº 9/10 destinado al análisis del frondizismo, un eventual Nº 11, ya en la década del '60, hubiera tenido como tema unificador la Revolución Cubana. Que por esos años concitaba atenciones diversas: no solamente las de los jóvenes que se habían empeñado en una formación marxista, sino también la de una figura anárquica como la de Martínez Estrada y la de un liberal como José Bianco, a quien su participación como jurado de Casa de las Américas en 1962 le costó la secretaría de redacción de *Sur* que ejercía desde 1937.

Totalización y dialéctica: son los conceptos a partir de los cuales el texto no puede leerse de manera aislada, inmanente, sino que reclama un contexto; a medida que éste se amplía y supera los límites textuales, se diseña el contorno que resuena en el título de manera programática. La totalidad como concepto básico de la filosofía marxista se instala como centralidad a la cual remitir las hipótesis enunciadas en el marco de los análisis culturales. No hay especialización posible en *Contorno*; de esta manera, no habrá una historia de la literatura para los contornistas, sino una historia política de la literatura, en la cual el atributo se irá independizando hasta hegemonizar los trabajos y provocar la indiferenciación de disciplinas. Al fin y al cabo, el Nº 5/6 dedicado a la novela argentina es tanto una historia política de la literatura como una historia literaria de la política como una política historizada de la literatura como una literatura histórica politizada.

Si cabe detenerse en la más clásica de tales formulaciones, la historia política de la literatura argentina convoca la revisión de las anteriores historias de la literatura argentina, fundamentalmente la de Ricardo Rojas, prestigiada por el Centenario al que Ismael Viñas

toma como punto de partida ineludible de los análisis histórico-culturales que cumple para el siglo XX.

Su hermano, en cambio, prefiere remitir todo inicio a la generación del 37, destacando en ese mismo siglo XIX a la generación del 80 como la preponderante, la que provocará las páginas más sugerentes de su crítica: primero porque vuelven manifiesta la elección de un punto de vista clasista, y en segundo lugar porque configuran un modelo de aplicación de una crítica dialéctica, lexicalizada en " 'Niños' y 'criados favoritos' ". La generación del 37 es la que mayor atención requiere en sus trabajos para *Contorno* ; sus resonancias más evidentes son las que instalan de manera obsesiva el sintagma de "los dos ojos" en los artículos que abren el Nº 4 y el Nº 5/6.

A medida que se verifican los cambios políticos de mayor envergadura en el país, la historización de la cultura se impone como zona de comprensión del presente. Por eso el Nº 5/6 no se detiene en la imprenta cuando estalla el régimen peronista, ya que muchos de los artículos incluidos formulan una lectura del fenómeno populista que el Nº 7/8, eminentemente político, no hará sino extremar restringiendo a un dominio único lo que en la edición anterior atravesaba los intereses de todos los órdenes.

Es casi previsible desde allí que el reducto del liberalismo que representa *Sur* aspire a cesar desde septiembre de 1955 en su papel de enemigo monolítico --acaso porque esa revista es el único enemigo válido en el campo intelectual de los '50--, aunque los contornistas persistan en sus acusaciones a las prácticas de Victoria Ocampo y los que serán identificados --especialmente por la intervención de Masotta-- como sus secuaces. Contra la imposición de la realidad que proclama la filosofía materialista y contra el método marxista que exalta *Contorno*, *Sur* es vituperada como refugio espiritualista y albergue contra la realidad, particularmente cuando "la única verdad es la realidad" desde las proclamas peronistas.

El Nº 237, fechado en el bimestre final de 1955, alterna el tono festivo por la caída de Perón con el tratamiento del fenómeno en términos de asco y vergüenza. El odio de clase --del que sobran testimonios en los artículos que componen la edición-- es el motor de la exigencia reparatoria confirmada por el título del conjunto, cuya asociaciones marciales están lejos de ser disimuladas: *Por la reconstrucción nacional*.

La revisión del peronismo que lleva adelante *Contorno* reviste otro signo. Aunque incorpora todos los datos de la historia argentina que juzga insoslayables para tratar de comprender el experimento populista, todavía responde a la guía sartreana del compromiso

que recomienda la solidaridad con los desposeídos, a quienes se sospecha engañados por un líder carismático que abusó de la credulidad desesperada de las masas. La izquierda impulsa el tratamiento del peronismo en términos de competencia dado el arrastre que tiene en esas masas que para los intelectuales críticos permanecen incólumnes como las masas proletarias identificadas por el marxismo. La función de adoctrinamiento que se atribuyen es un principio de captación que no logra su cometido porque el lenguaje fenomenológico, la metodología marxista y la literatura argentina --y la cultura, especialmente porteña-- no son dominios a los que tengan acceso las masas.

Tampoco lo son las consideraciones en las que insisten Alcalde, I. Viñas y Rozitchner para justificar la elección de la Unión Cívica Radical Intransigente como posibilidad de una política argentina que se inscriba en un marco latinoamericano donde se plantea de manera concreta --sobre el ejemplo de Cuba-- la ruptura de la posición de dependencia reservada al cono sur. El corolario del entusiasmo será el desengaño de "la traición Frondizi", con la que los contornistas reconocen su propio error cuando los contratos petroleros y la educación libre opuesta a la laica son la confirmación de que la intransigencia partidaria se ha trastocado hasta la renuncia vergonzosa.

Y un error adicional, que comienza a vislumbrarse al evaluar la década de gobierno peronista y que resulta corroborado en 1959: el de que, al no haber funcionado como oposición revolucionaria que corrigiera entre 1945 y 1955 el "desvío" de un régimen que "retrasaba" la Revolución, las "armas de la crítica" de la metáfora marxista se hubieran convertido en autocrítica desazonada.

Autocrítica que pone en primer lugar la figura de intelectual que el sartrismo exigía. Mientras *Sur* cobija a los intelectuales espiritualistas y el peronismo instala en la Universidad al intelectual "oficial", es necesario definir al intelectual de izquierda cuya legitimidad es esforzadamente intentada por *Contorno*. El intelectual legítimo no es todavía de derecha ni de izquierda: en principio porque la politización es insuficiente; en segundo lugar, porque esa voluntad de adscribirse a una tendencia pone a los intelectuales argentinos ante la alternativa con la que Gramsci encaraba el tema: ¿cada clase tiene sus intelectuales, o hay -- como pretende Sartre recortándolos exclusivamente a la burguesía y no a un grupo no compatible inmediatamente con una clase social identificada-- una sola clase de la cual surgen? (5).

Anna Boschetti (6) encuentra a mediados de la década de 1940 en el campo intelectual francés (7) algo que en el argentino ocurrirá diez años más tarde: un "consenso de época" en virtud del cual "una época se convierte, por una vez directamente, abiertamente, en el objeto de la meditación de sus intelectuales". Los números 237 de *Sur* y 7/8 de *Contorno* sobre el peronismo indican esa convergencia temática pero es justamente el momento en que se exponen con mayor nitidez y precisión las divergencias de orden teórico e ideológico.

Y también el momento en que la convocatoria de Victoria Ocampo a formar un frente intelectual antiperonista cuyo vehículo es la apertura de la edición *Por la reconstrucción nacional* plantea la necesidad de abundar en la distancia insalvable entre los recoletos de la austral Torre de Marfil y los intelectuales comprometidos que exhiben su conocimiento de la calle y de la gente.

Todo ello en el marco provisto por la propuesta evidentemente irritante para la academia, para los liberales y para los pretenciosos de turno de organizar una historia política de la literatura argentina cuya periodización original se desprende de la sucesión de los artículos en el Nº 5/6. Una historia literaria entendida como definición de un programa de lectura que comienza centralizando a los autores hasta entrever la posibilidad de periodizar a partir de los fenómenos políticos más resonantes, que arrastran proporcionalmente una serie de respuestas desde el campo cultural.

Contorno combina entonces el modelo de intelectual comprometido, guía de los desorientados en los términos de *Les Temps Modernes* con un barniz militante propio de lecturas políticas más dogmáticas. Entre las más obvias, pese a la ausencia de citas y referencias que podrían comprobarlo, la del Lukács de *Historia y consciencia de clase* que sostiene que lo más válido del marxismo a través de los años y de las vicisitudes políticas es precisamente el método.

Ajustado a las necesidades contornistas, ese método orienta una historia política de la literatura que establece como elecciones fundamentales de los autores sus inclinaciones políticas. Esa elección fundamental, trasladada a la crítica, será la revisión ética que genera el peronismo y que se resuelve en un examen de conciencia al que llama Osiris Troiani al abrirse el número de 1956.

El intelectual que formula una historia literaria y política como la que se desarrolla en *Contorno* ofrece como corroboración de su legitimidad la "vocería" que tanto *Les Temps*

Modernes como la revista argentina se atribuyen. Las variantes retóricas que va sufriendo la crítica de David Viñas en sus sucesivas ediciones, versiones y reediciones es la continuación más consecuente de esa voluntad de tomar la voz de los postergados, los desposeídos, las víctimas, aunque en el tono reconocible se enuncien conceptos ajenos a sus presuntos destinatarios. Acaso por eso, en la revista es mucho más evidente la obsesión por la "comunicación" que la inclinación por la "vocería".

Y sobre todo porque *Contorno* tiene una conciencia absoluta acerca de la restricción de su público. Esta característica, al tiempo que es contradictoria con la vocación de vocería de un proletariado que no siquiera puede incorporarse como lector remoto, permite saltar la "bibliografía" sobre la cual se escriben los artículos. Por eso no explicita su concepción precisa del proletariado más allá de la definición marxista; por eso, en cambio, se preocupa por establecer la función de los intelectuales que confían en las "armas de la crítica": es decir, que hacen de la crítica un performativo. Entre la vocería del proletariado y la adhesión a una opción de izquierda se produce el pasaje de la etapa más "literaria" de *Contorno* hacia la opción decididamente política de los dos últimos números dobles.

Las cifras impares

La reducida cantidad de colaboradores del primer número irá creciendo en los sucesivos, si bien a veces ese aumento responde a la ilusión provocada por el repositorio de seudónimos puestos en juego por los hermanos Viñas. David es el más proliferaante: a los masculinos a los que acude en la edición de homenaje a Arlt --Juan José Gorini y Diego Sánchez Cortés-- se suma el del artículo sobre Sicardi --Víctor Assef-- para recalar en los femeninos de Marta C. Molinari y, en la vertiente judía materna, Raquel Weinbaum.

Ismael, más discreto, se limita a ser V. Sanromán. De esta manera, Adelaida Gigli es la única mujer que integra *Contorno*; la otra, absolutamente ocasional --sólo colabora una vez-- es Regina Gibaja.

La presentación de la revista oscila entre dos modelos: el de *Les Temps Modernes* y, de una manera mucho más explícita en el número inaugural, el de *Martín Fierro*, referido en el título de la proclama de apertura.

Una serie de afirmaciones radicales se encolumnan en esta página; acaso la más sobresaliente para definir el proyecto contornista sea la de que "la contemporaneidad nivela a todos por igual". Enunciado axiomático que contienen un reclamo de orientación política que resulte aceptable para los intelectuales a quienes se les impone como exigencia participar en ese campo.

La reflexión sobre la política se plantea sartreanamente como preocupación por establecer el lugar que la política debe tener para los intelectuales, lo que implica definir la función política que éstos deben cumplir, y que al menos en los comienzos no contempla la intervención en el gobierno que será el destino de algunos de ellos --Alcalde como ministro de Educación provincial y Noé Jitrik como secretario del Senado en los años de Frondizi-- sobre el filo de los '50.

Esos postulados no constituyen una originalidad de *Contorno* sino una persistencia de *Centro*, que a su vez fundaba continuidad --no ideológica ni retórica sino puramente estudiantil-- con su antecesora *Verbum*. Lo que en la revista de los alumnos de Filosofía y Letras es el propósito de convertirse en un órgano de extensión universitaria, en *Contorno* alcanzará ribetes más ambiciosos: apunta a ser formadora de opinión cultural y, a partir de la campaña a favor del frondizismo, formadora de opinión política con el objetivo de captar votos para lo que se diseña como un modelo de "izquierda nacional".

En *Contorno* encuentran repercusión ciertos enunciados de *Centro*, sobre todo los de corte fenomenológico que son reiterados en una y otra publicación por Ismael Viñas y León Rozitchner. El lenguaje funciona de esta manera como zona de comprobación política de lo que ocurre a nivel histórico cuando "las masas verifican su acción", como advertía Jean-Marie Domenach, traducido, desde las páginas del órgano estudiantil (8). Y es precisamente a partir de Domenach que puede reponerse el punto de conexión que los contornistas persiguen entre la historia y la política.

La historia es para *Contorno* el modo de introducir los elementos de la realidad allí donde la restricción de lo literario a lo ficcional resbala hacia el inquietante "espíritu". Partir de abstracciones es arriesgarse (y, en el extremo, someterse) a la distorsión.

Será la historia la que le permita a la revista plantear la función de los intelectuales. Una historia crítica, signada por la denuncia. Así la reconocía Masotta criticando *Las Ciento y Una* : "con artículos cortos, nerviosos, algunos grandilocuentes, responde a una necesidad: repasar, enjuiciar y, por sobre todo, romper con una era de silencio, epidermis de una

realidad informe sobre la que no se aventura la más mínima interpretación. 'Quién hay que por lo menos denuncie ya que no modifica', se escribió sintetizando lo más importante de la postura de la revista" (9).

La historia sometida a una revisión que rechaza la indulgencia y las justificaciones, tal como se instala en el inicial "Los martinfierristas, su tiempo y el nuestro", cuya continuidad lógica --y lineal en el orden del primer número-- es "La traición de los hombres honestos" de I. Viñas en la que alcanza resonancia el título de Julien Benda *La trahison des clercs*, en la época en que el caso Dreyfus reclamaba una impugnación por parte de la intelectualidad francesa.

En el manifiesto, Sebrelí ofrece los argumentos sobre los cuales Emir Rodríguez Monegal calificará a los contornistas de "generación parricida" (10), justificando la empresa alrededor de grandes axiomas tales como "la juventud es ante todo la edad del resentimiento", que exponen la filiación fenomenológica cuya entonación más precisa provee Sartre en la "Presentación a *Les Temps Modernes*". La comparación de los contornistas con generaciones previas y la ubicación de los jóvenes intelectuales críticos como generación representativa admite la perspectiva generacional como la que instala las divisiones más significativas en el intento de organizar la literatura argentina a partir de sus intelectuales.

La periodización regida por la historia nacional identifica a los martinfierristas con el yrigoyenismo, y a los "hombres honestos" que estigmatizará I. Viñas con la generación formada durante la Década Infame, quienes no pueden servir de modelo a quienes condenan toda etapa militar como "renuncia".

Los contornistas, situados en la década de 1950, demuestran que no son --que no pueden ser, por sus orígenes de clase y por su condición histórica de estudiantes de una universidad "controlada" por el régimen-- la generación peronista, sino la que reclama un movimiento crítico adscrito a la Generación del 37 cuyo objetivo dominante es lograr en el plano cultural la misma independencia que en el plano político.

Eso supone un paralelismo entre ambos y la formulación de una crítica que lea las producciones culturales desde el sistema en el cual surgen. En tal sentido, los artículos inaugurales de Sebrelí y Viñas condenan a los presuntos modelos porque no supieron "comprometerse" con su "situación"; el desaliento se condensa en una frase de Viñas: "Hombres vivos buscábamos; no sombras ilustres".

El análisis del pasaje de Borges de *Martín Fierro* a *Sur* es ideal para analizar a estas figuras que hacen del oxímoron su condición.

Aunque el texto de Sebrelí abre la revista y lleva un título más proclive a lo programático que el del director, "La traición de los hombres honestos" parece cumplir de un modo más estricto el carácter de manifiesto de *Contorno*. Desde ya, estableciendo las exclusiones de los posibles modelos en función del auxilio sartreano ("Sentimos que de algún modo somos responsables por lo que los representantes del intelecto, por lo que los hombres del espíritu no han hecho. Aún más por sus omisiones que por sus actos nos sentimos culpables"). Viñas traduce al plano de la acción lo que Sartre manejaba en el plano verbal, y desde esta trasposición performativa exige acciones, desecha a los pasivos y define la línea política de la revista, redefiniendo simultáneamente la función del intelectual argentino, exonerándolo de la Torre de Marfil --la "especificidad" del escritor-- que los "hombres honestos" reivindicaban en un aséptico retiro.

Esos mismos "hombres honestos" son fustigados por Prieto en "A propósito de *Los Ídolos*", donde reconoce a Mujica Láinez como chivo expiatorio de una clase juzgada intelectualmente como un bloque de "decoro", del que resultan la "excelencia" y la "limitación" de la novela. El "decoro" y las normas del buen gusto que lo habilitan son expulsados de los planteos políticos de *Contorno*, lo que no implica que las simpatías estéticas de la revista se orienten exclusivamente hacia el realismo socialista.

El "decoro" sólo ingresa en estas páginas como elemento que desencadena una crítica en la cual se lo identifica como rasgo de clase que, formando sistema con otros, define tendencias intelectuales. La lectura de clase que opera Prieto, en vez de tener como correlato el texto de Sebrelí, flexiona hacia los postulados de David Viñas de una década más tarde de *Literatura argentina y realidad política*, donde la dialéctica de clases apenas reviste una modificación local para el planteo hegeliano de amo / esclavo: " 'Niños' y 'criados favoritos' ". Las prácticas de clase de Mansilla y López se superponen a las de Mujica Láinez, con la diferencia capital de que mientras los dos primeros sintetizan a su clase, al último "se le ha escapado de las manos lo fundamental", como declara el lamento de Prieto. También se perfilan en este artículo las grandes organizaciones de Viñas --y la retórica con la que organiza sus títulos--, lo que confirma retrospectivamente a *Contorno* como escuela crítica: "Quizá un presunto investigador del futuro --aventura Prieto-- incluya este capítulo

en un compendioso subtítulo: *Primera mitad del siglo veinte. El decoro de la novelística argentina*".

Salteando la correlatividad de la numeración, la continuidad el primer número es más evidente con el tercero que con el segundo, cuyo vínculo más estricto se establece con el Nº 4 por la elección de figuras con las que la revista trata de definirse. Precisamente la tercera entrega se abre de manera inversa a la que caracteriza a los números pares: se trata de una definición del enemigo intelectual, donde el "compromiso" se verifica por distancia y no por adhesión.

Un enemigo que ya no es la revista *Sur* en bloque sino específicamente su directora y fundadora, Victoria Ocampo. El texto de Adelaida Gigli "Victoria Ocampo: V.O." alude no solamente a la firma que en *Sur* expone la mandamás sino también a la práctica monogramática de quien inscribe su carácter de propietaria en todos los objetos.

Por momentos descriptiva, por momentos virulenta, Gigli se mantiene en el terreno del enfrentamiento con el adversario ideológico y cultural, y si remite al número inicial de *Contorno* también incorpora una de las primeras entregas de *Sur*, glosando los puntos destacados de "Palabras francesas", esa confesión en la que la directora educada por institutrices europeas declara su ajenidad con la lengua española que provoca en *Contorno* definiciones --la opción arltiana de la lengua porteña-- y polémicas como la de Masotta con Vocos Lescano sobre el uso del "tú".

Tres operaciones cumple Victoria Ocampo desde esta revisión que queda a cargo de otra mujer: la instauración de su propia literatura desde un modelo prestigioso ("De Francesca a Beatrice, que es rondar a los grandes, seguir los ecos de voces definitivas, y lo hará parangonándose humildemente, orgullosamente"), la colocación de su propia vida como valor que la empresa cultural está obligada a exaltar ("No hará literatura, sino Victoria Ocampo. Los *Testimonios* serán su espejo, una manera de sobrevivir, de estar presente") y, final y correlativamente, volver admirable todo aquello que ingresa en su discurso ("¿cómo no hablar de América, de moral, de arquitectura, de música, de cine, de buen gusto, de Mussolini, de... si todas estas cosas son admirables?").

Frente a esta triple imposición de Victoria Ocampo, la autora erige su propia reivindicación, que se enuncia en el tironeo entre el lugar minoritario que *Contorno* le concede a la mujer y el lugar preponderante que le reserva al cuerpo. Ésta es una de las escasas colaboraciones firmadas por una mujer en la revista --junto con la de Regina Gibaja

y exceptuando las provistas por los seudónimos femeninos de David Viñas-- y al mismo tiempo es uno de los pocos trabajos que se ocupa de una mujer como objeto de estudio.

No es, sin embargo, una reivindicación feminista; ningún desvío de ese orden es admitido en la rigidez del juicio clasista que domina en la publicación. Dos grandes líneas podrían proponerse para sistematizar la heterogeneidad del tercer número: la de las mujeres, notablemente débil; la de la crítica literaria tendiente a una reorganización desde la historia, cuyo fortalecimiento progresivo derivará en la edición dedicada a la novela argentina. Dentro de ésta se inscriben no solamente el texto de David Viñas sobre Marechal, Mujica Láinez y Silvina Bullrich --que remite, prospectivamente, al trabajo de Noé Jitrik en el Nº 5/6 sobre *Adán Buenosayres* y, retrospectivamente, al artículo de Prieto y de refilón al de Adelaida Gigli--, sino también las DENUNCIAS SIN TESTIGO que presenta Masotta. Es una sección atípica dentro de la revista, que se complementa con DISCUSIÓN, que tanto por los temas que se le reservan como por su ubicación final remite a SAN MARTÍN Y VIAMONTE de *Centro*. La queja o el reclamo son sus especialidades; la polémica --a veces desde la provocación directa-- es su objetivo último.

Identificaciones, homenajes y dedicatorias

El Nº 2 sale en marzo de 1954 y se inscribe bajo los auspicios del nombre de Roberto Arlt. En vez de elegir una generación a partir de la cual definirse --como intentaba Sebrelí en el trabajo inicial--, en vez de embanderarse con un modelo extranjero para garantizar una ubicación privilegiada en el campo intelectual, *Contorno* se pronuncia por una figura que en la década del 50 estaba lejos de la consagración que le depararon los años siguientes, sobre todo por la intervención de críticas que pasaron de la originalidad reivindicatoria al aburrimiento que condena a toda insistencia desmedida.

Sólo dos textos de la decena que integran la edición omiten el nombre de Arlt en el título. Masotta, autor con Horacio Jorge Becco de una bibliografía completa y posteriormente de un libro memorable tan significativo para la crítica argentina como toda *Contorno* (11), se abstiene de colaborar en esta ocasión, aunque un tema que se instala como *leitmotiv* --el de la lengua-- recibirá una atención especial de su parte en la polémica

con Vocos Lescano del número siguiente. La lengua es para Arlt --en la lectura de Viñas-- un dato previo, una configuración del mundo a la que se accede mediante la codificación.

La bastardilla como grafía reservada a los llamados de atención comienza a destacarse en Viñas, quien continuará utilizándolo para trasladar a la escritura la altisonancia de la advertencia a lo largo de toda su producción crítica. Esa grafía se presta en este caso a señalar que Arlt es el primer argentino que sabe qué hay que hacer con la novela. El énfasis gráfico de la bastardilla se va desplazando hacia el imperativo novelístico, si no del género en la Argentina, sí al menos de sus manifestaciones porteñas, sobre las que en esa década el propio Viñas abunda con una producción que abarca ***Cayó sobre su rostro***, ***Los dueños de la tierra*** y ***Un disco cotidiano***.

Las categorías hegelianas filtradas por las reflexiones de Lukács --la constitución del tipo como "particular", en la singularización resultante del cruce de lo universal con lo individual-- determinan lo patético, justamente el punto que permite el trazado de una línea donde se establece la comunidad de Arlt y Armando Discépolo. Una lectura política completa el *contorno* de Arlt, procurando resguardarlo de las filiaciones partidarias para instalarlo como el marginal típico.

En "Arlt-Un escolio", con el seudónimo de Diego Sánchez Cortés, Viñas va acumulando enunciados de cuyo análisis se desprende que el autor de ***Los siete locos*** es el antimartinfierrista --y en tal sentido se expone como la figura rectora más adecuada para una revista que se abre tensionada frente a ese nucleamiento.

También es el hombre consciente de que el cuerpo debe ingresar en la escritura para que la práctica escrituraria --como reclamaba Sartre-- sea efectivamente acción. Jorge Arrow --cuya única aparición en la revista permite sospechar otro seudónimo de alguno de los hermanos Viñas-- continúa en "Arlt-Buenos Aires" la lectura política no solamente del escritor Arlt sino también del narrador de sus novelas. Sobre el presupuesto brechtiano de que ser espectador equivale a ser culpable, la recuperación de Arlt se produce en término según los cuales los culpables pueden producir una literatura de desilusión --es la tesis de Ismael Viñas en "La traición de los hombres honestos"-- pero no de desesperación como la que certifican ***El juguete rabioso***, la saga ***Siete Locos /Lanzallamas*** y ***El amor brujo***.

La desesperación de Arlt encuentra en la sociedad de clases la disposición ideal para alcanzar la máxima visibilidad. La perspectiva biográfica presta un auxilio inmejorable -- como proponía el método fenomenológico-- para sostener tales hipótesis.

Por si fuera necesario, la validez del método resulta corroborada por el rastreo de Adelaida Gigli en "El único rostro de Jano", que ya desde el título evita caer en el facilismo de la remanida noción de ambigüedad para abordar la complejidad de un escritor.

A la clausura del cuerpo principal de la revista le sucede la sección de las bibliográficas en la que el previsible ajuste de cuentas con Murena se cumple en una página de Carlos Correas, "H.A. Murena y la vida pecaminosa" ironiza sobre el "pecado original de América" descubierto en esa época por el ex director de *Las Ciento y Una* y confesado también por Kusch y Solero (quien participa en el homenaje arltiano con "Roberto Arlt y el pecado de todos"), mucho más enfáticos al respecto en el número de *Contorno* dedicado a Martínez Estrada. Correas lee a Murena invirtiendo la recuperación reivindicativa que el resto de la revista ha hecho de Arlt.

Y no lo hace solo: simultáneamente, Rozitchner publica en *Centro* "A propósito de *El juez* de H.A. Murena", extremando algunos puntos para cuyo desarrollo conspiró en Correas la limitación espacial de una reseña.

Dos elementos que revisten carácter programático más allá de la crítica precisa se destacan en el trabajo de Rozitchner. Por un lado, "la necesidad del parricidio para terminar con la culpa", lo que coloca la acusación de Rodríguez Monegal bajo el signo de la terapéutica; por el otro, la inevitabilidad de suprimir la epifanía del silencio como único modo efectivo de escapar a "una sociedad de recíprocos verdugos", reponiendo la comunicación como base de las relaciones humanas. Las condiciones de escritura de fines del peronismo --la "situación del escritor en 1954", en la traslación sartreana-- presuponen una limitación que ni Rozitchner en este texto ni Correas en el suyo están dispuestos a admitir.

Y continuando --y clausurando-- la serie: esta sección final de un número de homenaje se dedica a poner en evidencia los enemigos: si por un lado está Murena con sus presunciones pecaminosas, por el otro está Mallea con su Torre de Marfil convertida en laberinto. Así lo reconoce Solero en "Eduardo Mallea en su laberinto". Dos concepciones de la literatura exponen su mutua resistencia allí: una que podría llamarse espectacular, hegemonizada por *Sur*; la otra, que podría sindicarse de comunicativa, acaparada por *Contorno*. Sobre la imposible confluencia de ambas tendencias se expedirá Rozitchner en el Nº 5/6: "Comunicación y servidumbre: Mallea". La tentativa de Mallea de "imponer cierta armonía en el desequilibrio" resulta desdeñada menos por su fracaso en la tarea que por el

carácter prescindible de la misma: donde no hay "compromiso" ni creación "verdadera" no hay rescate posible; solamente cabe la condena: se vuelve, inevitablemente, a "la traición de los hombres honestos".

Ese tono de denuncia resulta exacerbado en el Nº 4 dedicado a Martínez Estrada, que reúne pocos artículos cuya autoría se reparten David Viñas --una vez con su propio nombre y otra con el de Raquel Weinbaum--, su hermano Ismael, Orlando Suevo, los previsibles Solero y Kusch y Adelaida Gigli, la única que se ocupa de los comienzos del autor de *Radiografía de la pampa* en uno de los escasos textos sobre poesía --el otro, de corte bibliográfico, lo aporta Noé Jitrik en el Nº 7/8-- de toda la revista.

El carácter polémico de la figura de Martínez Estrada es un presupuesto con el que se maneja toda la edición y que se expone a los riesgos del homenajeadado en vida al exhibir sus contradicciones, al ser asociado con la empresa de *Sur*, y al identificárselo como fundador de una línea de la que Murena es el discípulo más aplicado, y Solero y Kusch apenas dos epígonos consecuentes.

La revisión contornista de diciembre de 1954 no es ajena a ninguno de los textos del ensayista hasta la fecha, pero es incapaz de prever su posterior viraje en favor de la Revolución Cubana. Figura polémica, la cuya convoca a una disputa hasta entonces impensable: entre *Sur* y *Contorno* se verifica el tironeo para, de alguna manera, adjudicárselo: mientras los espiritualistas que forman las huestes de Victoria Ocampo se lo apropian desde sus ideas deterministas --algunas de ellas aprendidas en el Conde de Keyserling difundido en las páginas de *Sur*--, los jóvenes de *Contorno* reivindican su actitud de inconformismo denunciador.

Los juicios que este autor sostiene en torno a la política nacional y su relación con las masas son los elementos sobresalientes de la figura anárquica y profética; los primeros son aludidos reiteradamente mientras los otros son revisados desde el punto de vista técnico en "Los ojos de Martínez Estrada", título que permite inferir las preferencias de Raquel Weinbaum / David Viñas preanunciando el trabajo sobre *Amalia* del número siguiente, "Los dos ojos del romanticismo".

"La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada" es el siguiente texto de Viñas, que se empeña en partir de un hecho histórico-político --la década del 30-- para buscar allí los fundamentos de una práctica cultural. A partir de este trabajo se desarrollan series temáticas con las que Viñas --metaforizándolas como "manchas temáticas"-- organizará

toda su crítica. El rastreo histórico se remonta hasta el 80 como epifanía de las apariencias -- luego indagada detenidamente en el artículo sobre Mansilla-- que se quiebra en el 90 (analizado en el texto sobre Martel), cuyos protagonistas "perdían la compostura quedando en ridículo y desubicándose sin tino al buscar una justificación para las cosas".

Contra una planificación que centralizaba lo mayúsculo y se sostenía en el maniqueísmo ("el reino de los Santos frente al de los Abjectos"), Viñas formula una historia de la literatura donde son las prácticas individuales --insertadas, sartreanamente, en las filiaciones grupales-- las que sobresalen. En el caso de Martínez Estrada, su rescate responde a su pertenencia a "la línea de escritores que en nuestro país asumieron la dramática ocupación de ejercer la denuncia". *Contorno* elige a un escritor vivo contra los muertos ilustres que se van alineando en las organizaciones literarias previas. Y si la historia de la literatura que se perfila desde la revista se va liberando de los errores de sus antecesores es porque la autodenominada "nueva generación" no sólo se resiste a todo lo que tenga visos de procerato, santidad y academia, sino que también se cree capaz de presentir el futuro a través de la revisión de lo pasado, sobre la sospecha de que la historia se repite y sobre la convicción de que la Argentina responde a ciertos modelos que pautan sus posibilidades. La revista no cesa de publicar --con todos los énfasis posibles-- esos presentimientos, sin intenciones proféticas, sin advertencias divinas, sino con denuncias puntuales de las que los textos se ofrecen como comprobación. La denuncia es el fundamento de *Contorno* : la verbalización más ajustada del compromiso.

De la fundación a la crisis de la literatura argentina

El Nº 5/6, pese a estar fechado en septiembre de 1955, no contiene ninguna referencia al acontecimiento inmediato de la caída del régimen peronista después de una década de predominio. Como en los anteriores números pares, éste lleva una dedicatoria, pero su destinatario no es un autor sino un género; la acotación nacional del mismo es previsible desde los antecedentes de la revista.

El artículo inaugural tiene toda la apariencia de un editorial, desde su disposición en la portada y su firma colectiva hasta el título que declara la polémica: "Terrorismo y complicidad". El punto de partida es la crítica que se le formula a *Contorno* desde el

semanario montevideano *Marcha*; su autor, Rodríguez Monegal, posiblemente haya apuntado a la descalificación de los jóvenes y lo que logra como respuesta en esa página inicial es una lectura que no está dispuesta a ninguna complacencia con él: los contornistas encuentran en sus artículos un reconocimiento a la militancia intelectual del grupo.

Desde ese encabezamiento, el Nº 5/6 se presta a articular el planteo central de la revista: el nucleamiento de revolución y cultura hasta entonces inédito en la Argentina. Un nucleamiento sostenido en una comunidad de prácticas y de programas (“No nos oponemos absolutamente a la violencia. Algo de ánimo guerrero puede ser saludable en nuestra alta cultura”) formula la historia desde el presente; acaso por eso sea posible definir en esas páginas el proyecto del número abocado al análisis del peronismo. Pero por el momento, en ese 1955 convulsionado, es la teoría lukacsiana —y en particular el realismo socialista en el que encuentra su mejor aplicación—la que se presta tácitamente a sostener la enunciación programática de la edición. El cierre de este texto que oscila retórica y prácticamente entre el panfleto, la defensa y el editorial, insiste en reclamar un interlocutor cuya condición de posibilidad resida en la coherencia ideológica.

“Los dos ojos del romanticismo”, artículo inicial en el índice y central por su ubicación programática es el paradigma de la nueva fase en la que ingresa *Contorno* con los números dobles. La fama que barniza hoy al texto responde al menos a tres causas: primero, porque desde la firma de Raquel Weinbaum pasará a integrar luego —con el mínimo agregado del nombre de Mármol en el título—esa especie de historia literaria político-crítica que David Viñas designará como **Literatura argentina y realidad política**. Segundo, porque el sintagma “los dos ojos” —utilizado por primera vez para Martínez Estrada en el Nº 4—es recogido por Beatriz Sarlo a la hora de definir la revista (12). Tercero, porque traza el sistema de referencias del que se nutre no solamente una discursividad preponderante en *Contorno* sino también el método dialéctico al que ajusta sus enunciados más polémicos.

Esos “dos ojos” que se imponen en el título identifican la dialéctica romántica como dialéctica histórico-política —y en tal sentido modelo metodológico para una historia política de la literatura—en la que no hay otra alternativa para el enemigo que la de ser enfrentado sistemáticamente. La bipartición “aquí/allá” que domina la descripción en **Amalia** no se limita a dar cuenta de los respectivos dominios de la denotación y la connotación sino que también repercute en otros planos: por ejemplo, en la diferencia entre adjetivo y sustantivo,

entre la indagatoria abusiva y agobiante y la penetración que se resiste a una saturación de la pura superficie. La retórica típica de Viñas se revela ya en este texto temprano, borrando las distinciones que hasta los números previos todavía podían creerse entre los artículos firmados con su propio nombre y aquellos cuya responsabilidad era atribuida a cualquier combinación de la colección de seudónimos.

La continuación directa de estos planteos se encuentra, al cabo de varios trabajos encargados a personas reales y ficticias, en el otro artículo reconocido por Viñas, “Benito Lynch: la realización del *Facundo*”, que ya desde la disposición del título evidencia sus vínculos con “Manuel Gálvez: el realismo impenitente” de su *alter ego* Marta C. Molinari. Es, asimismo, la verificación del pasaje ya anunciado en el primer texto, que se recoge escrupulosamente en ***Literatura argentina y realidad política*** y en su primera revisión, ***De Sarmiento a Cortázar***: “La literatura argentina empieza con Rosas”, enuncia Viñas en su *opera prima*, antes de la precisión que alcanza en 1971 al reconocer a ***El matadero*** – desplazando categóricamente a la ***Ojeada retrospectiva***-- como texto fundacional del estrabismo cultural argentino: “La literatura argentina emerge alrededor de una metáfora mayor: la violación”.

Un trazado de series da comienzo al artículo sobre Lynch: en la dominante se desmerece el testimonio por la pasividad que comporta, constituida a partir de ejemplos cuya cita los admite como fundadores y fundamentos de la literatura argentina: ***Amalia*** y ***El matadero*** son devueltos a su lugar de privilegio, antes de que se sumen a ellos los nuevos representantes de la literatura argentina en el siglo XX: Arlt por un lado y Gálvez por el otro. Frente a ellos, muchos de los trabajos que siguen pecan de prescindibles, especialmente por los objetos que abordan. La ubicación de tales escritos hacia el centro de la revista –por los avatares de una cronología que se empeñan en respetar, como modo de garantizar elementalmente las relaciones entre textos y autores—exige la presencia de un texto de envergadura, como será “Comunicación y servidumbre: Mallea” pergeñado por Rozitchner en medio de sus desvelados hegelianos que requieren una extensísima introducción para ocuparse recíen en una segunda parte –a la que tampoco asiste la brevedad—del autor.

El análisis filosófico, aunque sea desde el orden mismo del texto, se instala como antesala y a la vez justificación del análisis literario regido por una orientación política. Se trata, en otros términos, de ir hacia el método de Sartre atravesando propuestas teóricas generales en vez de restringirse al análisis de un caso particular, como harán Masotta con

Arlt y Sebrelí con Martínez Estrada. El subtítulo “Mallea y nuestras vergüenzas” confiesa el ingreso pleno en el estudio del autor. El presupuesto es que la personalidad del escritor se filtra en la obra; en este punto Rozitchner se pliega antes a la ***Fenomenología de la percepción*** de Merleau-Ponty que al método progresivo-regresivo sartreano. Mallea, al confiar en una continuidad lineal entre presente y futuro y en una identidad indiscutible entre presente y pasado sostiene una actitud gatopardesca en la que todo debe mantenerse igual: es la preservación de la élite que alcanza su esplendor en la axiología de lo “invisible” defendida en ***Historia de una pasión argentina*** (1937)

Para Rozitchner, Mallea es tan excesivo que no describe sino que despliega, humillando al lector que queda excluido de ese recorte. La humillación no es una operación literaria sino una estrategia política: Mallea la cumple distanciándose del mundo al instalar la metáfora como lenguaje propio del escritor; la originalidad en él es la capacidad para filtrar otras literaturas; la retórica se resiste a ser puro encubrimiento y se deleita en la exhibición de lo propio, es decir, de la propiedad. La obscenidad terrateniente se explica desde la incorporación de los vínculos familiares que Sartre recomendaba destacar; Rozitchner los reconstruye revisando las genealogías paterna y materna de Mallea y proveyendo un modelo que dos décadas más tarde utilizará Ricardo Piglia para establecer el “doble linaje” borgeano (13).

Si en torno a un autor son los lazos familiares cruzados los que permiten explicar su producción, en lo relativo a la historia política de la literatura se impone indagar el cruce de las elecciones identificatorias entre grupos intelectuales enfrentados. En tales cruces es posible encontrar el mejor artículo que Jitrik escribe para *Contorno*: “*Adán Buenosayres*, la novela de Leopoldo Marechal”. Jitrik parte de una reseña del libro que le dedica Eduardo González Lanuza en *Sur*; desde esta referencia ya queda instalada la discusión con el enemigo cultural conducido por la señora Ocampo. Jitrik, que declara su voluntad de replicar al ex martinfierrista, se convierte en vocero autorizado de *Contorno* contra *Sur*, lo que vuelve más inexplicable todavía el intento conciliador que promediando el año emite la dueña de la revista liberal. Acaso haya que atribuir este desliz a una desatención más grosera: mientras *Contorno* lee a *Sur* –para marcar su distancia, para polemizar, para descalificarla–, *Sur* no lee a *Contorno*; ningún valor parece tener en este sentido el hecho de que haya colaboradores comunes a ambas publicaciones.

Para la identidad de *Contorno*, esto dista de ser nocivo. Sobre la convicción de que “urge trabajar para ser nosotros mismos” enunciada por Julio Gárgano, se inserta en el Nº 5/6 la sección *Discusión*, ocupada en esta oportunidad por Osiris Troiani –hasta entonces desconocido en la revista—con el título “Fin de un diálogo de sordos”. El hipoacúsico identificado de inmediato es Aldo Pellegrini, director de la revista *Letra y Línea* que cobija a los surrealistas argentinos. La condena al grupo no tarda en evidenciarse en términos menos estéticos que políticos: es la “prescindencia” lo que chirría en los oídos atentos de los contornistas. Pero el pretendido enfrentamiento en manos de Troiani se desdibuja en un pequeño escándalo sin consecuencias.

Mucho más hábil para la polémica se revela Ramón Alcalde cuando, en el cierre del número, la emprende contra Jorge Abelardo Ramos en “Imperialismo, Cultura y Literatura Nacional”, el más riguroso de todos los trabajos aparecidos en *Contorno* que se preocupa por definir una posición eludiendo las reducciones maniqueas. Es la primera intervención de Alcalde en la revista pero alcanza para la ruptura irreconciliable de *Contorno* con la fracción cultural más cercana al régimen peronista en los umbrales de su caída.

Crítica de la hegemonía política

El Nº 7/8 de julio de 1956 abandona la crítica literaria –excepto en el colofón provisto por la sección *De las obras y los hombres*—y se dedica a revisar el fenómeno peronista como núcleo catalizador de la historia argentina, cuyos alcances en el plano cultural inquietan especialmente al mismo comité de redacción responsable del Nº 5/6. Los artículos incluidos corresponden a Rozitchner, Troiani, los dos Viñas, Pandolfi, Prieto, Sebreli, Masotta (cuyo texto es el eje de la edición) y Tulio Halperin Donghi, incorporado para la revisión histórica y también presente en el Nº 9/10 que, bajo otro signo, se propone lo mismo.

La entrega se inicia con una extensa cita de Alberdi que sitúa al número en una línea abierta por el trabajo de Sebreli para *Sur* en 1952, “Celeste y colorado”. La reunión de literatura y política es convocada desde la frase inicial del fragmento, de la cual se desprende una serie de interrogantes que la toma de posición que asume *Contorno* tratará de responder al menos momentáneamente, antes de que tanto Rozitchner como Sebreli se

aboquen a ensayos más pormenorizados sobre el peronismo: “Luego nos argüirán, para condenar todo lo que tiene nuestro país de glorioso y distinguido en personajes políticos y literarios, ¿por qué habéis recorrido los dos partidos que le constituyen con el acto de reprobación en la mano y tirado indistintamente sobre ellos? ¿Qué es, pues, lo que reís? ¿A qué partido pertenecéis vos? ¿En provecho de qué idea, de qué sistema, de qué gentes escribís?”

La inserción de Alberdi comporta un compromiso mucho más directo y efectivo que el que proponían los enunciados sartreanos, ya que propone un modelo de análisis de la historia argentina que abandone el maniqueísmo tradicional para abundar en los fundamentos de los partidos. La tradición nacional instalada de manera central en el N° 7/8 es una primera tentativa de abordaje del problema que sobre el cierre del número dedicado a la novela argentina había planteado Alcalde.

La segunda parte de la cita retrotrae nuevamente a las convicciones ya expuestas por Sebrelí, no solamente en “Celeste y colorado” sino también en la inauguración de *Contorno*; la flexión frondizista ya se puede vislumbrar en la adhesión a estos principios entre los que se recomienda al país que “cuide de no confiar la menor de sus tentativas de regeneración a hombres que no harán sino malograrlas, porque han perdido la fe y la disposición al sacrificio, y han cesado, sobre todo, de comprender los instintos y los medios de acción de nuestras masas: han pasado como su tiempo”. En la serie contornista, este último párrafo adquiere carácter de acusación y no de análisis objetivo y equilibrado, y del mismo modo procederá la revista con todo el fenómeno populista, excepto en la intervención de Masotta que se condensa en “*Sur* o el antiperonismo colonialista”.

Ese texto es ante todo una respuesta vehemente y terminante al ya referido “llamamiento” de Victoria Ocampo a formar un frente intelectual antiperonista; Masotta descarta esa posibilidad denunciando el antiperonismo de *Sur* como procolonialismo. Si esta inclusión parece una concesión aislada de los contornistas hacia Masotta –porque más allá de las desmentidas y de las tomas de distancia, el origen pequeñoburgués de los jóvenes los coloca más cerca del liberalismo victoriano que del movimiento de masas--, esta condición se diluye en cuanto se advierte que el peronismo ya no aborda desde la garantía metodológica de la dialéctica sino desde la oposición ideológica empeñada en evaluar las repercusiones de su propio pronunciamiento frente a las actitudes adoptadas por otros grupos intelectuales.

Es por eso que el editorial del Nº 7/8 responde a la disyuntiva establecida por Masotta: “*Sur* o el antiperonismo colonialista” da la clave de la opción que rige el inicial “Peronismo... ¿y lo otro?”

El editorial –tal es la función—se propone analizar el papel que le toca cumplir a la izquierda comprometiendo en la generalidad del “nosotros” a todos los directivos y colaboradores de *Contorno*, quienes confiesan –como grupo suficientemente estrecho como para justificar los alcances del pronombre pero sobre cuya homogeneidad no existen precisiones—que “nos sentimos tentados de establecer que durante todos los años del peronismo no nos habíamos entregado”. Para *Contorno*, resistente a las consignas peronistas tradicionales, es obvio que la única verdad no es la realidad, lo que ya quedaba sobradamente probado en la concepción del realismo literario con la que se maneja, por más variantes y contradicciones que contemplara. La verdad se deposita en un lenguaje cuya crudeza es la medida de su heterodoxia con respecto al régimen hegemónico, pero más allá de las puntualizaciones de esta revisión no hay ningún pronunciamiento sobre el papel decididamente opositor que los contornistas pudieron haber cumplido corriendo riesgos que un compromiso total debería admitir.

A esta altura ya no caben dudas de que es la función del intelectual lo que está en cuestión. Sobre ella, la revisión inicial conduce en línea directa al “Examen de conciencia” de Troiani, donde no se vacila en introducir caracterizaciones del campo político para el análisis de ciertos fenómenos literarios: “desde esa derecha hasta la izquierda comunista –evalúa el autor—se graduaban infinitas tendencias, agrupaciones y núcleos de intereses. Ese cielo clásico se repetía en todos los órdenes, como algo lógico y admitido; en literatura, desde Boedo a Marechal”.

En la serie de artículo que componen el número se verifica que *Contorno* esgrime sus desacuerdos con todos aquellos que de un modo u otro han colaborado con alguna de las facciones en pugna en vez de proponer una vía diferente. En tales condiciones, ni la burguesía consciente ni el proletariado engañado son alternativas viables; mucho menos lo es el recogimiento en un espiritualismo que deriva en operaciones intelectuales como la ya debatida de Mallea, que se reconoce en este punto en la alusión a las “grandes fórmulas” – de las cuales visible/invisible es un ejemplo contundente-- “que ocultaron desde siempre el transcurso de la realidad ante los ojos del proletariado”.

La dicotomía burguesía/proletariado repone en el texto la dogmática marxista, momentáneamente desplazada para beneficiar el desarrollo de la cuestión nacional. Este recurso revela que frente a un fenómeno de difícil caracterización lo más seguro es apelar a la doctrina aceptada como confiable, especialmente si ella sienta las bases de la lucha de clases y planea la resolución de la misma en la destrucción de una de ellas. El “Examen de conciencia” es el reconocimiento de que ciertas definiciones simplistas y ciertas creencias establecidas fueron tomadas por los miembros de la revista como hechos indiscutibles más por la tradición que las sustentaba que por una evaluación detallada de sus connotaciones.

Rozitchner, en “Experiencia proletaria y experiencia burguesa”, conjuga las dos posibilidades entre las que se encuentra tironeado el intelectual marxista, como si el peronismo pudiera analizarse y juzgarse exclusivamente en tales términos. El comienzo del artículo exhibe su continuidad con “Peronismo... ¿y lo otro?” ya desde las coordenadas de análisis que establece, renunciando a la “buena conciencia” de los intelectuales y prefiriendo abundar en las causas por las cuales el proletariado fue atraído por el peronismo. El proletariado que ve Rozitchner está reclamando un guía y un vocero de sus posiciones, función que *Contorno* se atribuye desde el principio. La única comunidad con un proletariado separado de la pequeña burguesía mediante un “abismo” es la confianza de la revolución como modo de liquidar a la clase que los asfixia, en un caso por explotación y en el otro por exigencias internas. Llegada la revolución, el proletariado abandonaría su condición de dominado mientras los intelectuales de izquierda perderían su ambigüedad, ese vaivén malsano entre las convicciones marxistas y los estigmas de formación.

Habrá que llegar a “Miedos, complejos y malentendidos” de Ismael Viñas para obtener un planteo maniqueo de lo que Troiani y Rozitchner presentan como ambigüedad: por un lado están los burgueses con toda su carga retrógrada y restrictiva; por el otro, “todos los elementos progresistas” que “recibieron la revolución de setiembre como una apertura hacia nuevas posibilidades”. No faltan los aplausos para la autodenominada Revolución Libertadora, a la que I. Viñas considera un alivio frente a los controles del régimen. El artículo se estructura a partir de varios subtítulos que se vinculan con las exposiciones previas en la revista. El primero, ‘Complejo de culpa’, marca el punto de ruptura entre Viñas y Troiani; el siguiente, ‘Las izquierdas, esas soletronas’, analiza como “solución patológica” la torpeza del Partido Socialista arrinconado por el peronismo. Para Viñas, el movimiento desencadenado de la estructura burguesa sólo puede conducir a la

distorsión del capitalismo y no a su erradicación; la revolución no corresponde a sus propósitos. Su moral es la de la burguesía condenada en “La razón de cada cual”, donde los argumentos se orientan contra esa “enciclopedia de suficiencia” que es el número de *Sur* “Por la reconstrucción nacional”.

Los vaivenes de la burguesía que se evidencian en el trabajo de I. Viñas son desplazados por las seguridades de un manejo cabal de la historia en el recorrido que traza Halperin Donghi “Del Fascismo al Peronismo”. La figura procedente de *Sur* hace su debut en *Contorno* yendo directo al grano, como si el título tuviera una función estrictamente programática. La relación fascismo/peronismo es abordado con los recaudos que comporta en un historiador riguroso toda importación de modelos, sin detenerse demasiado en la comparación con las revoluciones latinoamericanas convocadas para contextualizar el fenómeno local. Sus escrúpulos lo llevan a reponer, más que el análisis político de las consecuencias del peronismo –en el que coincide el resto de los colaboradores--, el establecimiento de las condiciones históricas para una posible instalación del fascismo en el Argentina. Sin caer en las tesis extremistas de Martínez Estrada –y también sin la brillantez de su prosa--, Halperin señala cómo la Argentina incorpora de manera ridícula lo que para Europa revestía el carácter de la amenaza. El corolario es que el peronismo está más cerca del oportunismo que del verticalismo fascista; es más proclive a explotar las coincidencias que a exaltar las diferencias, salvo en los momentos en que siente debilitarse su propio poder y no vacila en recurrir a una retórica terrorista que por un lado le garantiza los apoyos tradicionales y por el otro logra amedrentar a los enemigos.

La rivalidad con *Sur* se vuelve más virulenta a medida que avanza la edición, lo que enfatiza el rechazo a la convocatoria de su directora a un frente cuyas consecuencias eran indeseables. Para subrayarlas, los jóvenes defienden una “tercera posición”, la de la izquierda nacional que no pacta con los liberales ni entra en connivencia con los restos del peronismo.

“Aventura y revolución peronista”, fragmento del libro de Sebrelí todavía en prensa –como advierte una nota aclaratoria--, abunda en la fenomenología introducida por Masotta a las consideraciones de este número doble. Con una pretensión testimonial, Sebrelí apunta a la combinación de psicología y marxismo que la fenomenología erige en método, pero no por esas adhesiones teóricas renuncia a elementos literarios: así, por ejemplo, recurre al melodrama para explicar el efecto de Eva Perón sobre las masas (“Eva

Perón, que era como ellos, que era una de ellos, los alentaba. Era la que había llegado y vengaba a todos”), anticipando las líneas rectoras —e incluso el título— de su debatido libro ***Eva Perón, ¿aventurera o militante?*** Desde este artículo introduce la posibilidad de que el peronismo sea una venganza; desde esa perspectiva, tendería a otorgarle fundamento al “resentimiento” que se le atribuye.

Dos puntos de oposición con la interpretación de Halperin sostienen las hipótesis de Sebreli: el primero, la negativa a fijarse en las intenciones del peronismo, descartándolas como elementos de juicio válidos; la segunda, la colocación del nazismo apenas como una circunstancia que favorece a Perón y no como un modelo totalitario. En la mescolanza de los objetivos políticos y las recaídas folletinescas, guiado por el método fenomenológico, Sebreli —seprándose de sus compañeros de *Contorno*— encuentra que no es el peligro de la complicidad el que acecha tras el fenómeno sino la fundación de la comunidad. Es lo único que le falta para confirmarlo como una voz cada vez más disidente en la revista.

En cambio, una voz que se va afianzando es la de Alcalde, que al discutir las propuestas de ***Ayer, hoy y mañana*** de Mario Amadeo remite directamente —iniciando una campaña política que se volverá desembozada en el primero de los *Cuadernos de Contorno*— a revisar las posibilidades de triunfo que tiene la UCRI. Pero hay algo de mayor relevancia que este proselitismo más o menos elemental: el rastreo de las fracciones en las cuales se deben buscar los apoyos para la instauración de un modelo que ofrezca una alternativa a los intelectuales. Pese a los deslices antiperonistas, Alcalde cierra el artículo con una proclama donde el método dialéctico se instala a partir de la superación: “La superación del peronismo no llegará desde el ‘nacionalismo’. Porque la única superación posible consiste en poner en el camino del poder real a los que lo ejercitaron sólo vicaria o imaginariamente”. Clausura del texto que coincide con la del número, y partida de defunción, simultáneamente, de una “izquierda nacional” que confiaba en poder desligarse de ataduras partidarias y de respaldos a programa y figuras que no provinieran del estricto círculo de los intelectuales “comprometidos”.

Y que se ratifica permanentemente en el *mea culpa* del número doble final de la revista, ya desde esa especie de editorial que denuncia el error de confianza depositado en el frondizismo como posibilidad extraordinaria tras la desazón peronista. Rozitchner aporta el análisis más riguroso en “Un paso adelante, dos atrás”, donde la resonancia leninista del título se pone al servicio de la demostración —sin entonación lamentosa— de la supresión

política de la voluntad que ha operado exitosamente el peronismo. El “compromiso” exige en este punto el arrepentimiento: se perfila un “compromiso moral” que Rozitchner no abandonará desde las páginas de *Contorno* sino que proseguirá como presupuesto en ***Moral burguesa y revolución***.

Ismael Viñas revisa la experiencia con la UCRI a partir de la división maniquea previsible entre izquierda y derecha –con un breve aleccionamiento sobre el fundamento histórico de la bipartición--, precisando las críticas a ambas orientaciones: mientras al pensamiento de izquierda hay que limitar el determinismo que desde Marx señala su frontera (y el modo más eficaz de hacerlo parece ser el recurso inmediato a Sartre), al de derecha hay que abordarlo a partir de esa compleja operación de reemplazar al hombre por valores ya no simplemente abstractos sino por añadidura irracionales.

El empeño por quitarle al marxismo la demonización en la que ha abundado la crítica occidental tiene su correlato en la evaluación atenuada que recibe ahora el peronismo, estudiándolo desde la posibilidad de constituir una vocería que, inesperadamente, deriva de Gramsci. Un antecedente de lo que Juan Carlos Portantiero, uno de los gramscianos de *Pasado y Presente*, identificará en 1977 como ***Los usos de Gramsci***. Las divisiones sobre las cuales I. Viñas analiza los efectos del campo político sobre el campo intelectual en la última década plantean tangencialmente una revisión sobre el giro que ha sufrido *Contorno* desde la preocupación fundamental por la literatura en sus comienzos hasta la hegemonía política de sus postrimerías.

Las series –que a veces coinciden con las particiones que establece David Viñas en su crítica, como en los casos de “Nacionalismo, novela y ensayo sobre el ser nacional” o “Catolicismo, Fascismo, Escritura”-- no se limitan a los aspectos culturales sino que promueven hipótesis de orden político muy arriesgadas: una de ellas es la de que los reclamos nacionalistas fomentan al peronismo; otra, correlativa, es la de que Perón le otorga un discurso al nacionalismo vacilante. La consecuencia de la comparación es que la “traición” de Perón al proletariado equivale a la de Frondizi a los intelectuales de izquierda. La tercera hipótesis es un desprendimiento del Nº 7/8: el peronismo trata de despojar a las masas de su conciencia de clase y de desviarlas de su impulso revolucionario.

La clausura de la revista corresponde a Halperin Donghi. El oficio de historiador avala la afirmación según la cual la “traición” de Frondizi no hace más que repetir otros casos de la historia argentina. Y añade que ese desvío era previsible desde el comienzo, lo que lo

confirma como representante de la burguesía profética satisfecha de asistir a la confirmación de sus anuncios, más allá de las consecuencias que los mismos acarreen. Lamentablemente, su hallazgo es demasiado tardío como para que sea creíble atribuirle la función que él le asigna retrospectivamente. Las diferencias con los otros contornistas no se resumen en ese rasgo: también la ausencia del tinte doctrinario en torno al concepto de “revolución” lo aleja de sus compañeros, que no vacilan en titular sus artículos con consignas revolucionarias clásicas.

Halperin prefiere recortar la revolución a los antecedentes locales; en tal sentido, la única formación intelectual que reconoce como efectivamente revolucionaria es la Generación del 37. Revolución frustrada por estar viciada de antemano (“divorciada del pueblo”) y por sostenerse en una tradición no menos viciada, un fenómeno de tal magnitud sería imposible en la Argentina: si la imagen que los hombres del 37 se formaron del país es exacta, al no haber sido retomada nunca funciona como medida de las imposibilidades.

Corolario de la revista, el Nº 9/10 muestra las consecuencias de haber desplazado el fundamento político de la crítica literaria a finalidad exclusiva del proyecto. Previendo sobre los presupuestos de la crítica que desarrollará desde los '60 David Viñas, en *Contorno* la literatura es considerada la sede más apropiada para leer la política, y no una práctica autónoma que amenaza con hacer de ese rasgo un fundamento de la Torre de Marfil. En tal sentido, *Contorno* cumple un salto cualitativo en el campo intelectual argentino al descreer de la especificidad de lo literario para abarrotarlo con la política y la histórica sobre la cual se recortan sus significaciones. Tratando de abrir una vía de comunicación alternativa a la académica, la revista terminó cayendo en una restricción de la cual no supo liberarse: la de utilizar un lenguaje demasiado complejo, apuntando a un público estrictamente reducido por el manejo de ese instrumental, que no hacía más que agrandar la distancia con el proletariado cuya vocería pretendió ejercer.

Los contornistas quisieron hablar por boca de los dominados pero se estrellaron en la fascinación de erigir lo dominante en punto de referencia privilegiado, creyeron en la práctica como confirmación de los valores que esgrimían pero cuando llegaron a ella fracasaron estrepitosamente, intentaron definir ciertas necesidades intelectuales y convertir la revista en un instrumento para alcanzarlas pero quedaron a mitad de camino. Pero lograron colocar a la crítica como una posición indeclinable, como una práctica total, refuncionalizándola para ejercer la denuncia incluso allí donde se hubiera esperado

solamente el análisis, resituándola en una serie de prácticas ligadas a las “ciencias sociales”, reinsertándola en la filosofía, en procura de un fundamento para una historia de la literatura de la cual la política fuera simultáneamente su matriz y su horizonte.

Notas

- (1) Jorge Warley y Carlos Mangone. **La modernización de la crítica: Contorno**. Buenos Aires, CEAL, Historia de la Literatura Argentina Nº 113, 1986.
- (2) Adolfo Prieto. **Borges y la nueva generación**. Buenos Aires, Letras Universitarias, 1954.
- (3) David Viñas. **Literatura argentina y realidad política**. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.
- (4) Carlos Correas. **La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa**. Buenos Aires, Catálogos, 1991.
- (5) Antonio Gramsci. **Los intelectuales y la organización de la cultura - Cuadernos de la cárcel 2**. México, Juan Pablos, 1975. Cfr. también Jean-Paul Sartre. **¿Qué es la literatura?** Buenos Aires, Losada, 1992.
- (6) Anna Boschetti. **Sartre et Les Temps Modernes**. Paris, Les Éditions du Minuit, 1985 (Hay traducción española en Nueva Visión, 1991).
- (7) El concepto de "campo intelectual" procede de Pierre Bourdieu, quien lo expone y desarrolla en "Campo intelectual y proyecto creador", en AA.VV. **Problemas del estructuralismo**. México, Siglo XXI, 1969 y **Campo intelectual y campo del poder**. Buenos Aires, Folios, 1983. Como Sartre, Bourdieu considera que los intelectuales pertenecen a la burguesía y que dentro de ella representan la fracción dominada de la clase dominante.
- (8) En *Centro* Nº 3. Buenos Aires, 1952 (pp. 49 a 63).
- (9) En *Centro* Nº 6, septiembre de 1953.
- (10) Emir Rodríguez Monegal, en los números correspondientes al 30/12/55, 13/1/56, 27/1/56 y 10/2/56 del periódico montevideano *Marcha*.
- (11) Oscar Masotta. **Sexo y traición en Roberto Arlt**. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965.
- (12) Beatriz Sarlo: "Los dos ojos de *Contorno*", en **Revista Iberoamericana** Nº 125 dedicada a *Literatura argentina. Los últimos diez años*, coordinada por Sylvia Molloy. Pittsburgh, 1983.
- (13) Ricardo Piglia: "Ideología y ficción en Borges", en Ana María Barrenechea (comp.): **Borges y la crítica**. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981.